

LA DIVINA COMEDIA

Dante Alighieri
LA DIVINA COMEDIA
(Síntesis argumental y
capítulos seleccionados).

SINTESIS ARGUMENTAL DE

"LA DIVINA COMEDIA"

Infierno. El poeta se ha perdido en una selva oscura, de la que no encuentra la salida. De improviso se le aparece Virgilio, con misión delegada de Beatriz, que ha conseguido del señor, por intermedio de la virgen, que le sean mostrados a Dante los reinos eternos. Virgilio, por un camino subterráneo, único por el que se puede salir de la selva de la perdición - evitando la muerte, conduce a Dante al vestíbulo del Infierno. El Infierno es como un embudo monstruoso dispuesto en forma de vasto y asperísimo anfiteatro y dividido en círculos que van estrechándose hasta llegar al mismo centro de la tierra, donde habita Lucifer. El Infierno es, pues, un cono invertido, excavado en la propia Tierra.

Pasada la puerta donde campea el terrible letrero "Dejad aquí toda esperanza los que entráis", el primer círculo es el limbo. En él no hay tormentos, sino suspiros. No hay más que tinieblas, donde habitan las almas de los que murieron sin bautizar o de los hombres justos que, por haber vivido antes de Jesucristo, no conocieron la verdadera religión. En el segundo círculo están los lujuriosos, ya sufriendo los tormentos con dignos; en el tercero, los que se dejaron arrastrar por la gula; en el cuarto, los avaros y los pródigos; en el quinto, los fracundos.

Hasta este momento se ha pasado en forma somera por el relato, destinando un canto a cada círculo, mas los preliminares que describen los episodios de la selva oscura o del vestíbulo. Pero ya se va entrando en lo profundo del infierno y en pecadores de categoría especial. El círculo sexto lo ocupan los herejías y a ellos se destinan los cantos IX, X y XI. En el séptimo

timo círculo están los culpables de violencia, subdivididos en apartados especiales: los que han cometido violencia contra el prójimo, contra sí mismos y contra Dios (cantos XII a XVII). - Finalmente, los círculos octavo y noveno los ocupan los fraudulentos y traidores, clasificados, los primeros, en diez grupos, y los segundos, en cuatro. A partir del séptimo círculo inclusive, se han pasado ya los muros de la ciudad de Dite, residencia personal de Satanás.

El referido círculo octavo, de fraudulentos, comprende separadamente a los seductores, los aduladores, los simoníacos, los adivinos, los barateros, los hipócritas, los ladrones, los malos consejeros, los sembradores de escándalos y los falsificadores. La riqueza de invención de los tormentos es extraordinaria y revela a veces la terrible indignación del poeta contra algunos vicios que corrompen la buena política de los príncipes. Así, por ejemplo, los aduladores están hundidos hasta el cuello en una laguna de excrementos. El noveno círculo, el de los traidores, comprende por separado a los traidores a la familia, a los traidores a la patria y a los traidores a sus huéspedes y a los que han traicionado a quienes les hicieron el bien. El máximo de éstos, Judas, está entre los dientes de Lucifer, al igual que Casio y Bruto, traidores al Imperio Romano. La descripción del octavo círculo ocupa los cantos XVIII al XXX, y la del noveno, del XXXI al XXXIV. Como ya se ha dicho, esta parte de la Divina Comedia tiene un canto más que cada una de las otras dos.

Purgatorio. Desde el centro de la Tierra, Dante sale, -- guiado por Virgilio, al hemisferio opuesto a aquél por donde entró y ve las estrellas desde la isla donde se alza la montaña del purgatorio. Esta es un cono truncado en posición normal, escalonado por una serie de circuitos o cornisas que rodean todo el monte, y que tienen cada vez cuanto más altas, una circunferencia más breve. De un lado tienen la muralla que sirve de base a la cornisa superior, y de otro, el abismo que termina en la inferior. La meseta que corona el cono truncado es la que ocupa el paraíso terrenal.

En la isla, guardada por Catón de Utica, se desarrollan los cantos I y II. El antepurgatorio, espacio interior a la puerta de acceso, está ocupado por las almas de los que se arrepintieron en el último minuto de la vida y han de aguardar tantos años como vivieron, a que les sea permitida la entrada en la vía de la purificación. Aquí se desarrollan los cantos III al IX, mientras Dante prosigue su ascensión, de momento muy áspera, guiado por Virgilio. Pasada la puerta, se van sucediendo las cornisas o circuitos, que son siete, como los pecados capitales, y en cada una de esas gradas del purgatorio se paga la retribución por uno de ellos: primero, la soberbia (cantos X al XII); segundo, la envidia (cantos XIII y XIV); tercero, la ira (cantos XV y XVI); cuarto, la pereza (cantos XVII y XVIII); quinto, la avaricia (cantos XIX al XXI); sexto, la gula (Cantos XXII al XXV), y séptimo, la lujuria (cantos XXVI y XXVII).

Está terminando la función encomendada a Virgilio, al que está vedado entrar en el cielo. En la etapa intermedia del paraíso terrenal (cantos XXVIII a XXXIII). Virgilio desaparece del lado de Dante y, por fin, ante los ojos atónitos del poeta está la imagen de Beatriz, la Teología, única guía posible para caminar por el cielo.

Paraíso. Del paraíso terrenal Dante asciende al paraíso verdadero atravesando, con la guía de Beatriz, los nueve cielos, esferas concéntricas luminosas y transparentes, sobre las cuales está el cielo empíreo, fijo, sede del mismo Dios, y en torno de él, las jerarquías celestiales y la rosa de los bienaventurados, -- iluminada directamente por el propio Señor de la creación. Los cielos móviles giran en torno el uno del otro, y forman en conjunto la esfera celeste, que gira a su vez en torno de la terrestre. Cada uno de los cielos se mueve con tanta mayor velocidad cuanto más lejos está de la Tierra. Todos los bienaventurados están en el cielo empíreo, pero se presentan ocasionalmente al poeta, guiado por Beatriz, mientras sube por los cielos móviles para darle idea del ascenso a la plena beatitud.

Los nueve cielos son: el cielo de la Luna (cantos I al IV), el cielo de Mercurio (cantos V al VII), el cielo de Venus (Cantos VIII y IX), el cielo del Sol (Cantos X al XIII), el cielo de Marte (Cantos XIV al XVII), el cielo de Júpiter (cantos XVIII al XX), el cielo de Saturno (cantos XXI al XXII), el cielo de las estrellas fijas (Cantos XXIII al XXVI), y el primer móvil, o cristalino (cantos XXVII al XXIX). En el cielo empíreo está Dios iluminando las rosa de los bienaventurados y rodeado de nueve círculos de jerarquías angélicas, y que son desde el círculo más alejado al más próximo a Dios: ángeles, arcángeles, principiaidos, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines y serafines (cantos XXX al XXXIII).

El poema concluye con la palabra "estrellas", que es la misma con que concluyen el Purgatorio y el Infierno. Una minuciosa simetría exterior se corresponde con la ordenada construcción interna que se acaba de presentar.

Ahora, se pasará a la lectura directa de algunos cantos seleccionados de la Divina Comedia. El objetivo es que leas comprensivamente los textos y conozcas el sentido literal del poema, a la vez que adviertas los otros significados posibles.

Aunque el original está en verso -tercetos--, la traducción está en prosa. Aquí cabe señalar que traducir un texto es muy difícil, dificultad que se acrecienta si el original está en verso; de esto se concluye que el texto que leerás conserva las ideas, no así el ritmo, la rima y la melodía del lenguaje italiano.

INFIERNO
CANTO PRIMERO

A LA MITAD del viaje de nuestra vida¹ me encontré en una selva - oscura,² por haberme apartado del camino recto. ¡Ah! Cuán penoso me sería decir lo salvaje, áspera y espesa que era esta selva, cuyo recuerdo renueva mi pavor, pavor tan amargo, que la muerte no lo es tanto. Pero antes de hablar del bien que allí encontré, revelaré las demás cosas que he visto. No sé decir fijamente cómo entré allí; tan adormecido estaba cuando abandoné el verdadero camino. Pero al llegar al pie de una cuesta, donde terminaba el valle que me había llenado de miedo el corazón, miré hacia arriba, y vi su cima revestida ya de los rayos del planeta que nos guía con seguridad por todos los senderos. Entonces se calmó algún tanto el miedo que había permanecido en el lago de mi corazón durante la noche que pasé con tanta angustia; y del mismo modo que aquél que saliendo anhelante fuera del piélago, al llegar a la playa se vuelve hacia las ondas peligrosas y las contempla, así mi espíritu, fugitivo aún, se volvió hacia atrás para mirar el lugar de que no salió nunca nadie vivo. Después de haber dado algún reposo a mi fatigado cuerpo, continué subiendo por la solitaria playa, procurando afirmar siempre aquel de mis pies que estuviera más abajo. Al principio de la cuesta aparecióseme una pantera ágil, de rápidos movimientos y cubierta de manchada piel. No se separaba de mi vista, sino que interceptaba de tal modo mi camino, que me volví muchas veces para retroceder. Era a tiempo que apuntaba el día, y el sol subía rodeado de aquellas estrellas que estaban con él cuando el amor divino imprimió el primer movimiento a todas las cosas bellas.³ Hora y estación tan dulces me daban motivo para augurar bien de aquella fiera de pintada piel. Pero no tanto que no me infundiera terror el aspecto de un león que a su vez se me apareció: figuróseme que venía contra mí, con la cabeza alta y con un hambre tan rabiosa, que hasta el aire parecía temerle. Siguió a éste una loba que, en medio de su demacración, parecía cargada de deseos; loba que ha obligado a vivir miserable a mucha gente. El fuego que despedían sus ojos me causó tal turbación, que perdí la esperanza de llegar a la cima. Y así como el que gustoso atesora, se entristece y llora con todos sus pensamientos cuando llega el momento en que sufre una pérdida, así me hizo padecer aquella inquieta fie-